

—¡Lo han herido, hermano! exclamó conmovido.

—No es nada, contestó Vega—un tajito en un muslo.

—Y qué esperamos entónces para aventar á este canalla y sacarle las tripas?

—¡Cuidado con hecer armas! replicó Santos, mientras trataba de evitar los golpes que le dirigian. ¡Rebenque, rebenque limpio, y vamos á arrearlos hasta las casas!

Carmona, que habia empezado á perder los estribos porque no era tan paciente como su amigo, al ver que estaba herido no pudo contenerse más.

No queriendo contrariar sus deseos y sacar la daga acometiendo á puñaladas, como hubiera sido su voluntad, dió vuelta el pesado cabo de su rebenque, que empezó á esgrimir de una manera terrible.

Lo amigos de don Ramon, animados al ver que solo se trataba de recibir lonjazos acometian con ardor creciente. Pero cuando empezaron á sentir el efecto del rebenque de Carmona, cuyos golpes habian postrado á dos con el cráneo deshecho, retrocedieron con alguna precipitacion.

Solo don Ramon para quien la muerte poco suponía, permaneció firme en su vehemencia de ultimar á Santos Vega. Pero la fatiga prolongada de la lucha habia postrado sus fuerzas de tal manera, que otra vez que logró alcanzar al payador por el costado derecho, apenas le causó su puñal una herida como la pinchadura de un alfiler. Viendo Santos Vega que Carmona echaba por delante á los que quedaban aún con cabeza sana, reconcentró toda su atencion en el estanciero, para no despedarlo entre los cascos del caballo.

Y como solos quedan en el campo de batalla él y don Ramon extenuados de fatiga, el payador se echó del caballo al suelo se abrazó del estanciero.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de don Ramon para desarsirse de aquellos brazos de Hércules.

El payador lo desarmó en un momento, y tomándole las dos manos con una de las suyas, le dijo de una manera amenazadora.

—Basta de una lucha inútil entre los dos, porque usted no es enemigo para mí, y hablemos un minuto, antes que venga gente. Yo no lo he muerto quinientas veces esta noche, porque no quiero envenenar más de lo que está el corazon de aquel angel. Si yo amé á Dolores, don Ramon, y si ella pagó mi amor, no hay que culpar de ello á nadie, sino á Dios. Y la voz del payador temblaba de una manera particular.

—Yo perdono, añadió, todas las ofensas y aún las heridas que puedan inferirse personalmente, pero no perdono, don Ramon, las que por mí reciban seres con los que me liga un sentimiento de cariño. Así perdono las ofensas y las heridas que usted me ha hecho, pero si yo llego á saber que uno solo de los cabellos de Dolores ha sido tocado, entonces don Ramon, serán pocas todas sus estrañas para satisfacer mi venganza. Esa mujer debe ser sagrada para usted, ó habré de dejar correr toda la ira que desde hace una semana sofoco en el corazon. Y volvió á saltar á caballo y disparó al lado de Carmona para impedir que éste siguiera rompiendo con su rebenque las cabezas de los fugitivos.